

LA ESTUPIDEZ

La estancia blanca, las sillas blancas, hasta el silencio era blanco.

Pañuelos cubriendo cabezas rapadas, caras pálidas, ojos sin cejas; miradas fatigadas y pusilánimes. Como una lámina a carboncillo.

La quietud y la tristeza eran desoladoras, sólo la tenue y ocasional voz de la enfermera rompía la insustancial escena trágica.

De anodino e insulso, el cuadro pasó a cómico y dramático a la vez. De pronto, tras una mirada al espejo y otra alrededor comenzó la discusión. Dos enfermas se enzarzaron acaloradas, se cogieron de los pelos y se arrastraron hasta el suelo. Bolsos al aire, pañuelos hechos un gurrño y bofetadas por doquier. Con la boca abierta todos miraban, impasibles ante la discusión sobre si las pequeñas manchas por el tratamiento eran pecas o lunares.

Desde luego cuando llegue a la clínica oncológica tenía muchas dudas, existenciales unas, angustiosas otras. Cuando la abandoné con el cuerpo dolorido, después de horas de duro tratamiento y mirarme al espejo, tenía más. Una, si la estupidez humana era una enfermedad más grave que mi carcinoma renal. Y la más grave: mi espejo redondo me la planteó. Si la pequeña manchita que tengo en mi ceja izquierda es una peca o un lunar.